

# NEON YANG

LOS HILOS ROJOS  
DE LA FORTUNA

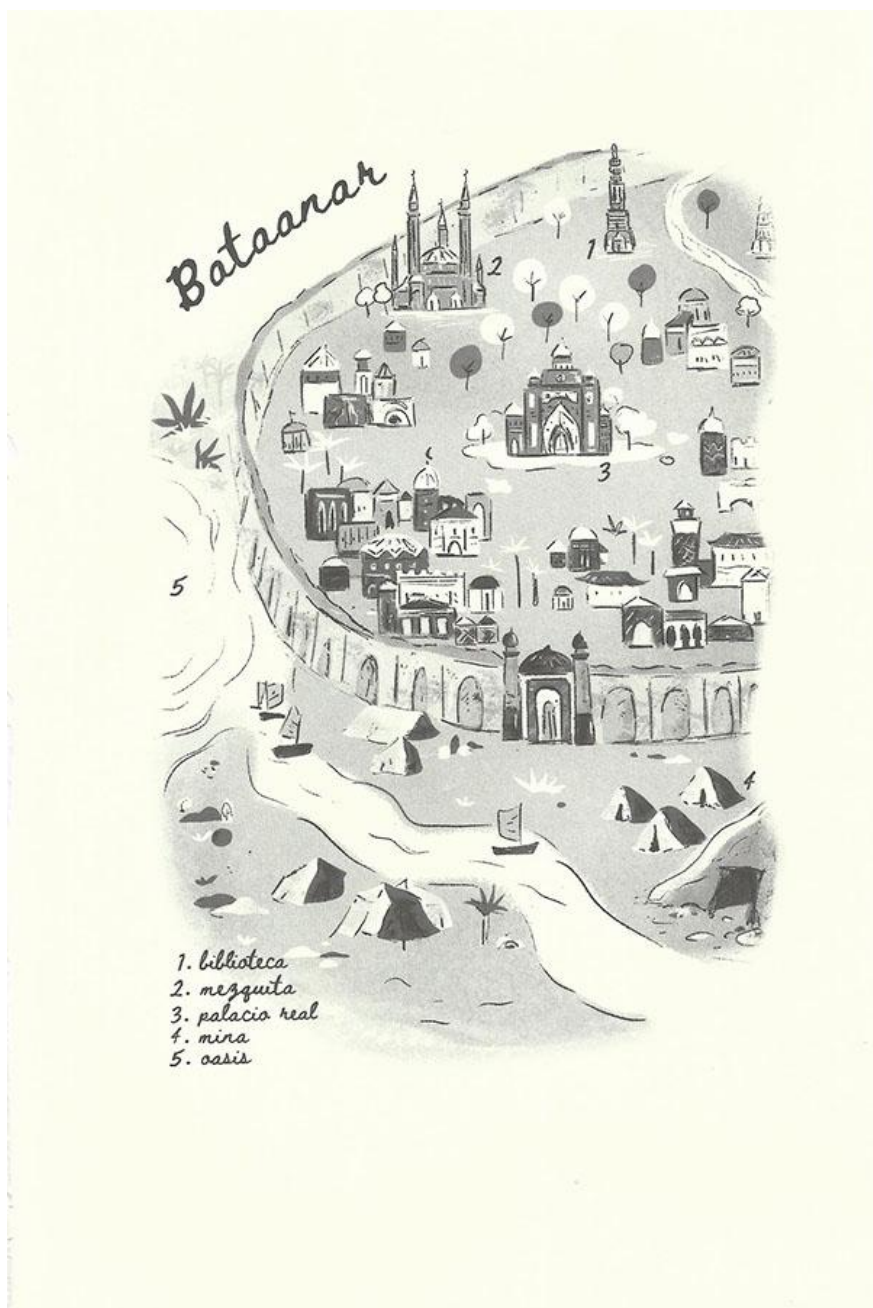


Profetisa caída, Sanao Mokoya es una mujer rota que ha abandonado todo cuanto conocía.

La antaño obediente hija de la protectora vive en el desierto como una paria, cazando naga junto a una manada de velocirraptores y dando rienda suelta a su rabie.

Tras el rastro del gigantesco naga que amenaza la ciudad rebelde de Bataanar, Mokoya conocerá a le misteriose Rider. A raíz de este encuentro se verá envuelta en una conspiración cargada de magia y traición a la que tendrá que enfrentarse sin olvidar quién es realmente.

*Para corazones peligrosos que me animan  
a seguir adelante*





# CAPÍTULO 1

Romper el transmisor de voz fue una reacción exagerada. Hasta Mokoya lo sabía.

Medio segundo después de haber aplastado el cacharro del tamaño de su mano y convertirlo en la pulpa de un metal que soltaba chispas y humo, se encontró tensando frenética la naturaleza acuática para intentar deshacer ese golpe letal. El metal abollado protestó mientras Mokoya deshacía sus actos usando el Remanso para tirar en vez de empujar. El transmisor se desplegó, abriéndose como una flor en primavera, pero fue en vano. La máquina era compleja y, como todas las cosas complejas, una vez rota resultaba desesperante arreglarla.

Mokoya podría haber tenido una oportunidad con un invento del Tensorado, cualquier cosa que se basara en nudos de remancia para manipular objetos en el mundo material. Pero ese era un aparato maquinista. Funcionaba a partir de unos principios físicos que Mokoya nunca había aprendido ni comprendido. Sus entrañas destrozadas eran un idioma extranjero de cables rotos e imanes pulverizados. El transmisor yacía muerto en su muñeca y la voz estridente de Adi no volvería a graznar por él jamás.

–Cheebye –maldijo–. Cheebye.

Mokoya repitió el improperio una tercera vez, y luego una cuarta, una quinta y una sexta. Agachaba la cabeza con devoción sobre el cadáver del transmisor y se balanceaba sobre su montura. Fénix respiraba con paciencia, su enorme caja torácica se expandía y desinflaba mientras su jinete recitaba palabrotas hasta que se le tranquilizó el corazón.

El viento del desierto aullaba sobre ella.

Mokoya se enderezó al fin. A su alrededor, la luz de la luna había simplificado la geología del desierto de Gusai hasta agrandarla: dunas y rocas a su espalda, cañón y cueva por delante. Una hebra del oasis de Copper brillaba en los valles que se superponían ante sus ojos. El cielo y la arena permanecían, por suerte, felizmente vacíos de horizonte a horizonte.

Ni rastro del naga. Y, si los hados se portaban bien, no se encontraría con ninguno antes de regresar al campamento.

Explorar sola era un error. Mokoya lo sabía. Durante una docena de ciclos diurnos, el equipo había seguido el rastro y la estela diseminada y tortuosa de animales muertos que les llevó hasta allí. La experiencia les decía que el nido del naga estaría escondido en el cañón, con su laberinto de cavernas erosionadas a lo largo de los años. Había muchas posibilidades de que la expedición se cruzara con la bestia mientras esta cazaba durante el anochecer.

Y, aun así, Mokoya había convencido a Adi de que la dejara llevarse a Fénix y a la manada de velocirraptores para explorar ella sola las dunas al este del campamento. «Soy tensora», había alegado. «Entrené como pugilista en el Gran Monasterio. Puedo ocuparme de un naga, por muy grande que sea. Soy la única en este equipo que puede hacerlo».

Por increíble que pareciera, también había dicho: «Sé lo que me hago. No estoy loca».

Igual de increíble había sido que Adi la dejara ir. «Ha nah ha nah, vete lah, no es mi pasal si mueres o qué», había refunfuñado, pero su cara decía claramente que le permitía ir para evitar más discusiones y que lo consideraba como un favor a Mokoya, uno que pensaba cobrarse. Y así había huido Mokoya a la fría oscuridad, a la arena abierta que no le imponía conversaciones triviales, juicios ni obligaciones, libre de todas las cosas que pudieran provocar su mal humor.

Pero, poco menos de una hora después, ya había destrozado el transmisor que le habían confiado. Aunque consiguiera evitar el encuentro con el naga, aún tendría que explicar la muerte del aparato. Como Adi no dejaría de llamar para ver si seguía viva, podía mentir y decir que lo había hecho enfadada. Pero tanta violencia era característica de una mujer mezquina e inestable, no de una tensoresora en pleno control de sus facultades.

Pero ¿y la verdad? ¿Podría admitir que se había asustado al oír que la voz de Adi salía de la nada y había arremetido como un animal asustado?

No. Concentración. Ya respondería más tarde a esa pregunta. La distracción provocada por esos desvíos neuróticos había traído de vuelta una presión trémula a su pecho. Mokoya sacudió la cabeza, como si pudiera expulsar los pensamientos y las emociones indeseadas.

Fénix meció su descomunal cabeza con compasión. El plumaje de esa zona se le erizó como una falda de paja. Encaramada sobre el lomo de la enorme velocirraptoresora, Mokoya la arrulló y la acarició como si en lugar de un animal del tamaño de una casa, fuera una niña pequeña. Fénix era una criatura amable y feliz, aunque al verla nadie lo diría. En las ciudades, la gente se apartaba a su paso. A veces lo hacían gritando. Y a veces Fénix pensaba que era un juego y les perseguía.

Últimamente Mokoya evitaba las ciudades.

Un ululato anunció el regreso de su manada de velocirraptoresores. A unos cien yields por delante de Fénix, el terreno llano y arenoso desaparecía y se curvaba en una grieta: el inicio del empinado cañón incrustado de matorrales que rodeaba el oasis de Copper. Mokoya había enviado a los ocho velocirraptoresores por ese reborde para cazar presas. Eran de Adi, en realidad; se habían criado en las casas reales de Katau Kebang, en el extremo meridional del alcance del Protectorado, y habían entrenado en el



arte de cazar cualquier naga que se alejara del océano de los Demonios.

El primero apareció de un salto y aterrizó en una nube de arena con la cola recta como un timón para mantener el equilibrio; bajo la luz de la luna, sus dientes y garras relucían espléndidos. Eran exactamente iguales a Fénix —cabeza estrecha, extremidades largas, con plumas fulgurantes—, pero diferentes en tamaño (y en otros aspectos de los cuales Mokoya no quería hablar). Uno a uno, los velocirraptores saltaron hacia su hermana gigante y aguardaron firmes y pacientes. Sus alientos cálidos eran una sinfonía sibilante.

Nada. Los velocirraptores no habían encontrado nada.

Los dedos de Mokoya aferraron con fuerza las riendas de Fénix. Si prestara atención al sentido común, este le diría que regresara al campamento de inmediato. Le diría que quedarse sola en territorio naga con un dispositivo de comunicación roto era tentar a la fortuna. Le diría que había cosas peores en ese mundo desamparado que esquivar la rabia de Adi, como si no lo supiera de primera mano.

Silbó y envió a los velocirraptores más al este para peinar otra zona del valle.

Mientras Fénix seguía a las animadas criaturas, sus garras hundiéndose hondo en la arena, el peso del transmisor muerto tiraba de la muñeca izquierda de Mokoya, recordándole lo tonta que era. Lo ignoró y razonó consigo misma, repasando argumentos para aplacar la culpa. Esa misión era anómala, y unas circunstancias anómalas requerían tácticas anómalas. Hacía lo correcto al examinar el terreno lo más rápido que podía.

Cuanto antes encontrara el malterrado nido del naga, antes saldría de ese inhóspito desierto con sus vientos secos que podían desconchar la piel y cegar a las personas incautas. Y antes se alejaría Mokoya de Bataanar y su telaraña de asuntos en la que no quería enredarse.

La caza de naga era la especialidad del equipo de Adi. En el sur sin explorar que había al otro lado del océano de los Demonios se hallaba Terraignota, con su propicia media gravedad, separada del Protectorado por las garras de las tempestades marinas que ningún barco con las velas izadas podía atravesar. Allí habitaba megafauna: cocodrilos del tamaño de navíos, perezosos del tamaño de caballos, caballos del tamaño de casas.

Y sobre todo había naga. Más lagartos que serpientes, volaban por los cielos con alas de piel, huesos de pájaro y colores satinados. Eran superdepredadores, elegantes y letales, inscritos en los diarios de los aventureros con el tipo de veneración reservada para los dioses de la antigüedad. Con un solo mordisco podían partir a un hombre por la mitad.

Pero hasta los dioses tenían límites. Cuando los vientos de las tempestades atrapaban a un incauto naga y lo lanzaban al otro lado del océano de los Demonios, se volvían feos y voraces y luchaban contra la nueva pesadez de sus cuerpos. La plena gravedad les devastaba, les chupaba toda la energía, convertía su hambre de depredadores en una guadaña de destrucción. Mokoya había visto zonas rurales diezmadas y pueblos arrasados porque los naga atacaban y devoraban todo lo que se movía. El equipo capturaba naga y los liberaba cuando podía, pero durante los dos años que Mokoya llevaba trabajando para Adi, en docenas y docenas de casos, solo en dos ocasiones habían podido vivir los naga.

Y, sin embargo, la estupidez de la humanidad no conocía límites. Las llamadas de más al norte de Jixiang eran por una mascota huida, marcada por las cadenas y el miedo. Huevos llegados mediante contrabando, trofeos de caza, sobornos de mercaderes terraignotenses: las personas ricas y privilegiadas tenían muchas maneras de saciar su sed de conquistar lo desconocido. Los naga criados en gravedad plena crecían deformes y rabiosos, atormenta-

dos por un dolor constante que no se podía tratar una vez rompían sus cadenas. Según Adi, mataban a esas criaturas por piedad. Según Mokoya, a quienes debían colgar era a les propietaries.

Y entonces llegó ese caso. El desierto de Gusai se hallaba en el extremo norte, en la frontera de la influencia que ejercía el Protectorado. Ahí no había nada, excepto minas de hematita y una ciudad para albergar a les mine-res: Bataanar. El naga que seguían no provenía de la zona. El rastro de informes de avistamientos, inconexos y relatados sin aliento, mostraba una línea recta desde la capital, Chengbee. Entre Bataanar y Chengbee había mil li de montañas y naturaleza árida, dos días de viaje hasta para le aviadore más decidide. Y los naga salvajes cazaban en espiral, no en líneas rectas. Las líneas rectas pertenecían a criaturas que conocían su destino.

Esa fue la primera anomalía. La segunda fue el tamaño del naga. De las bocas de ciudadanos asustades llegaban informes de una criatura tres, seis, diez veces más grande que cualquier cosa que habían visto nunca. Una exageración podía justificarse por hipérbole, tres se podían considerar un patrón inducido por el miedo, pero dos docenas significaba que había cierta verdad enterrada en ellas. Así pues, la criatura era grande, hasta para ser un naga. Eso implicaba que no iban a capturar un animal salvaje: algo le habían hecho a esa bestia.

La tercera anomalía no tenía relación con el naga. Se trataba de la misma ciudad de Bataanar. Une ciudadane normal podría considerarla una humilde población minera compuesta por unos millares de trabajadores y vigilada por una docena de tensores del Protectorado y por el rajá, que respondía ante la protectora. Une maquinista sabría que Akeha, el hermano gemelo de Mokoya, había convertido la ciudad en una base para el movimiento, un centro neurálgico de la rebelión alejado de la influencia del Protectorado. Y une tensore normal podría no saber nada so-

bre los temblores de poder que retumbaban bajo los ci-  
mientos de la ciudad, pero una tensores que gozase de  
una buena posición sabría que la rajá Ponchak, la primera  
rajá de la ciudad, había fallecido dos años antes. Y aunque  
Ponchak había simpatizado con el movimiento maquinista,  
su marido Choonghey (el nuevo rajá en su lugar) no les  
era favorable. Bataanan contenía la fórmula para un desas-  
tre a punto de derramarse.

La cuarta anomalía no era, de hecho, una anomalía,  
sino solo un rumor. Un rumor de experimentos tensores  
en la capital: susurros sobre un grupo de personas que  
habían tomado animales para injertarles nudos de cone-  
xiones del Remanso –como almas humanas– en sus exis-  
tencias físicas. Los detalles de esos rumores le provocaban  
a Mokoya escalofríos incómodos de familiaridad. Se sen-  
tía, de algún modo, culpable.

Al unir esas cuatro anomalías, alguien podría suponer  
que el naga al que daban caza era uno de esos experi-  
mentos desafortunados, enviado por el Protectorado para  
destruir Bataanan y mutilar la rebelión maquinista. El he-  
cho de que la criatura se escondiera y matara roedores del  
desierto para alimentarse corroboraba la idea de que al-  
guien la controlaba. Estaba esperando algo.

Circunstancias anómalas, se recordó Mokoya. Tácticas  
anómalas. Estaba siendo completamente racional. Adi  
coincidiría con ella en eso. O quizá no. Pero Akeha sí que  
compartiría su planteamiento, su hermano lo entendería.  
O Yongcheow. O...

Mokoya soltó aire, temblorosa. Ahora no era el mo-  
mento. Se había alejado del presente de nuevo. Debía  
prestar atención. Concentrarse en Fénix, paciente y ruidosa  
bajo ella; en el risco arenoso por el que habían desapare-  
cido los velocirraptores. Debía concentrarse en respirar.

Algo iba mal. Le dolía el brazo derecho. El dolor se ex-  
tendía desde la punta de los dedos revestidos de escamas  
hasta el borde tenso del hombro, donde la piel injertada

daba paso al tejido cicatrizado. Hecho con la piel de un lagarto, su brazo llamaba a la sangre naga a través de la naturaleza forestal del Remanso. ¿Estaba cerca la criatura? Mokoya apretó la mano derecha. Los tendones destacaron en la piel gruesa, que se había vuelto amarilla por el estrés, pero no sirvió para nada.

Alzó la mano para examinarla y extendió los dedos como un gato estirándose. Unos temblores los atravesaban.

—Cheebye —siseó para sí misma, como si pudiera tranquilizarse.

Quizá las obscenidades no eran la respuesta. Se humedeció los labios agrietados y cerró los ojos. Su ojo mental se expandió, el mundo se convirtió en una tela arrugada; cada bache y pliegue representaba un objeto. Por encima, como el papel de colores sobre un farol, se hallaba el Remanso con sus cinco naturalezas.

Allí estaba ella: Sanao Mokoya, un resplandor de luz estirándose hacia delante, una bola concentrada de conexiones con el Remanso. Humana aún, a pesar de todo. Debajo de ella se hallaba Fénix, con sus peculiaridades y un fulgor antinatural adornando su cuerpo. La gran masa de la velocirrapadora curvaba el tejido del Remanso. Por delante, al otro lado del borde del precipicio, avanzaban a toda velocidad los puntos de los otros velocirrapadores, olas diminutas en el Remanso que corrían hacia ella...

Un momento. ¿Por qué regresaban?

Mokoya abrió los ojos justo cuando Fénix chilló de miedo. Apenas tuvo tiempo de agarrar las riendas antes de que su montura girara en la arena.

—Fénix... —jadeó.

Los velocirrapadores aparecieron por el precipicio como la ola de una tormenta, gorjeando gritos de guerra.

Un muro de aire la golpeó por detrás.

La luna y las estrellas se desvanecieron. Fénix se alzó y Mokoya soltó las riendas. Cayó. En el segundo entre la convulsión de su estómago y el golpe de su espalda

contra la arena, vislumbró el cielo y esto fue lo que vio: el eclipse de una barriga blanca y escamosa, alas extendidas de punta a punta, piel veteada de rojo entre unos escuálidos dedos palmeados.

«Naga cazasoles. Naga devorasoles».

La caída al suelo la dejó sin aliento, pero no tuvo tiempo para registrar el dolor. El naga batió las alas y Mokoya acabó con arena en la nariz y la boca. La criatura sobrevoló el valle, su larga cola flotando tras ella.

Cacareando, Fénix se precipitó hacia el borde del cañón. La manada de velocirruptores la siguió.

—¡Fénix!

Mokoya se puso en pie, con las rodillas y los tobillos peleando contra la suave arena. Sus reflejos actuaron: tensó la naturaleza acuática y lanzó una barrera de fuerza a lo largo de la línea afilada del barranco. Se estremeció por las náuseas justo cuando Fénix rebotó en la barrera, a salvo por ahora. A salvo. La manada formaba un coro ruidoso en el borde.

Como si hubiera una gruesa lámina de cristal entre el mundo y ella, Mokoya observó la silueta del naga descender por el cañón hacia las cavernas ubicadas en la pared más alejada. Alas más grandes que el velamen de un barco, cola espinosa como un látigo, cabeza con cuernos y bigotes adornada con escamas iridiscentes. Las criaturas de ese tamaño se volvían míticas de lejos. Nada vivo debería tener la osadía de competir con el precipicio y la montaña.

El naga descendió en espiral. Una sombra se lo tragó y desapareció entre un recodo del valle y el techo de una caverna. Jadeando, Mokoya soltó la naturaleza acuática y la barrera sobre la arena del abismo se convirtió en nada.

Cayó de rodillas, la frente hundiéndose en la arena fría. Santo Remanso. Santo Remanso. Tenía suerte de estar viva. Tenía suerte de... Debería haberla matado. Quizá la criatura no estaba hambrienta. Podría haber aniquilado a Fénix. Podría...

A su corazón le costaba mantener el ritmo. ¿Cómo no lo había visto? Aquello no debería haber pasado. La masa de los naga, hasta cuando son jóvenes, tiran tanto del Remanso que lo deforman, lo alargan como hilo de azúcar. Tendría que haberlo visto venir, pero no. Se había distraído demasiado.

–Cheebye –susurró–. Cheebye.

Los nervios intentaban ahogarla. Qué patético. Era Sanao Mokoya. Hija de la protectora, exprofetisa, antigua instigadora de la rebelión en el corazón de la capital. Había atravesado las llamas del infierno y había sobrevivido. ¿De qué le servía todo su entrenamiento, todos esos años perfeccionando su disciplina, si lo más tonto, lo más absurdo, como una pelea con su hermano, podía hundirla?

Aún de rodillas, mantuvo los ojos cerrados y movió los labios en una letanía tranquilizante. El último recurso. Las palabras que murmuraba le resultaban tan familiares que las había purgado de todo significado.

Recuerda, tú que buscas conocimiento con audacia, el Primer Sutra, el sutra de las cinco naturalezas.

El Remanso lo es todo y todo es el Remanso.

No conoce principio ni final, no conoce tiempo ni espacio.

Todo lo que hay existe por la gracia del Remanso. Todo lo que se mueve lo hace por la gracia del Remanso.

El firmamento está dividido en las cinco naturalezas del Remanso y en ellas están escritas todas las formas de las cosas y del mundo natural.

La primera es la naturaleza de la tierra. Conócela mediante el peso de las montañas y la piedra; es la naturaleza de las cosas en reposo.

La segunda es la naturaleza del agua. Conócela mediante la fuerza de las tormentas y los ríos; es la naturaleza de las cosas en movimiento.